

Muy joven conocí a Salvador Espriu porque su padre era notario de Arenys de Mar y mi familia tenía una casa cerca, en Arenys de Mun, y mi padre conocía al notario. El, por entonces, era el pasante de su padre.

Yo sabía que escribía poemas pero, claro, en aquella época el que no escribía era yo. Me chocaba saber que el hombre estaba escribiendo. Luego le conocí más, sobre todo cuando me encargaron una traducción completa de *La pell de brau* (*La piel de toro*). Le habían autorizado una edición de 300 ejemplares en catalán y cuando Carlos Barral, de la editorial, quiso hacer una edición bilingüe de cuatro o cinco mil ejemplares, con texto enfrentado castellano catalán, me dijeron que no.

Fui a ver al censor, que además había sido escritor, y que era un facha tremendo; se llamaba Sebastián Sánchez Juan. Me dijo que no era lo mismo trescientos ejemplares que cuatro mil y yo dije que no pasaba nada. El argumento fue que en castellano se entendía todo, y que el libro no se publicaba. Acabó editándose en Ruedo Ibérico, en París, con una portada preciosa de Tàpies, de las mejores cosas que hacía entonces, y con unas notas de María Aurelia Capmany, y también en versión bilingüe, que hice yo.

«Poeta cívico». Y bueno, aquello le dio, no por mi traducción, sino por editarse donde se editó, una fama tremenda de poeta cívico, cuando en realidad no lo era. Sí lo era pero no fue un hombre arrojado ni valeroso; más bien era un hombre tímido. Es difícil explicarlo: fue una persona encerrada, que te recibía en su casa, donde nunca acogía a más de una persona cada vez; era alguien que discutía línea a línea la traducción de cada poema, tal y como comprobé porque posteriormente le traduje en varias ocasiones.

Salvador odiaba la dictadura y, cuando el encierro de los Capuchinos, conseguimos que él entrara como testigo. Allí acudimos muchos que no éramos ya

TRIBUNA | JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

El inefable Espriu

Diez años sin el autor de «La pell de brau»

El articulista, amigo y traductor de

Espriu, recuerda anécdotas y la

figura de uno de los mejores poetas

en lengua catalana justo a los diez

años de la muerte del escritor.



PATRICIO SALINAS

El poeta catalán Salvador Espriu.

estudiantes. Eramos conscientes de lo que nos podía pasar, sabíamos que nos iba a meter mano la Policía, como a la salida así fue. Acabamos en la comisaría de Vía Layetana, donde estuvimos detenidos cuatro o cinco días. Y Salvador tuvo la valentía de ir allí, aunque ya tenía sus años.

Espriu no sólo escribía bien en catalán, sino que conocía perfectamente la literatura castellana desde sus orígenes hasta hoy, de ahí que tuviera un gran interés en ver cómo quedaban las traducciones. Y no creo que tenga imitadores, es muy difícil imitarle a pesar de la facilidad con la que parece que escribía.

Escrupuloso. Era muy particular en la vida cotidiana: era muy escrupuloso en muchas cosas; no le gustaba, por ejemplo, que fumarán delante de él, y a regañadientes, si sabía que fumabas mucho, accedía a abrir la ventana. Pobre...

Estaba lleno de pequeñas cosas cariñosas, como por ejemplo cuando, a raíz del estreno de una *Antígona* le invitamos mi mujer y yo y le dijimos que le iríamos a buscar en coche. «Ay, sí, en coche, sí, sí, porque claro, a veces uno se mete en un taxi y no conoce al taxista ni sabe qué extraños designios pueda tener el taxista...», comentó. Cuando fuimos a buscarle ya estaba esperándonos en los jardines del Paseo de Gracia, al lado de su casa, con una cajita de bombones colgada de una mano. Era impresionante la composición. De esos detalles no puedo olvidarme. Era muy, muy cariñoso.

Como poeta fue un hombre difícil de imitar y de repetir. No creo que se vuelva a dar un caso como el suyo. Espriu era un hombre muy pesimista, obsesionado por la muerte, por la enfermedad y por la angustia, y al mismo tiempo, con un sentido satírico que le salía de cuando en cuando, que suele ser habitual en los pesimistas.

Fue un hombre que dominó mucho el idioma y me acordaré siempre de cómo se fijaba en las traducciones, en su pulcritud.